

## EN TORNO A *LA SOCIEDAD COMO PROYECTO*, DE JORGE ACEVEDO

por: Marcelo González Colville,  
Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso.

Es la primera vez que en mi vida académica me corresponde presentar un libro de un colega, de alguien que se dedica a la filosofía desde hace bastante tiempo de manera seria y rigurosa, como es el caso de Jorge Acevedo, quien nos ha dado a conocer una importante producción suya titulada: «*La Sociedad como Proyecto. En la perspectiva de Ortega*» (Editorial Universitaria, Santiago, 1994; 253 páginas).

Para contribuir a la presentación de esta obra, me parece oportuno intentar cubrir al menos tres ideas, que podríamos expresar de la siguiente manera:

- a) Los estudios sobre Ortega en Chile
- b) La figura de Jorge Acevedo y
- c) La obra «*La Sociedad como Proyecto. En la perspectiva de Ortega*», o lo que he querido denominar «Un proyecto sobre una filosofía proyectiva».

### a) *Los estudios sobre Ortega en Chile.*

Una de las tareas más difíciles que puede emprender un hombre que ha desarrollado un conjunto de hábitos intelectuales es intentar hacer filosofía; que es, en un sentido muy simple, tratar de darse respuestas acerca de la realidad inmediata que le es disparada a «quemarropa»; y cuando hablamos de realidad, no me estoy refiriendo a la «realidad» como abstracción, sino que a «nuestra» realidad como país, atada a un tiempo histórico y con la cual estamos comprometidos, a ese destino al que estamos unidos, como diría Ortega, como la «gota de agua a la nube viajera». Pues bien, hacer filosofía es el proyecto más osado que el hombre ha intentado realizar y concretar. Pero, resulta aún tan difícil como el primer intento de hacer filosofía, el querer estudiar, comprender o prolongar la filosofía de un pensador, ya sea éste del pasado o de nuestro tiempo, como acontece, por ejemplo, al tratar de acercarnos al profundo pensamiento de José Ortega y Gasset, entendiendo su reflexión, captando su modelo o yendo más allá de su meditación y de las posibilidades vitales de su proyecto intelectual.

Ortega escribió acerca de los más variados temas, tomando como punto de referencia aquellas cuestiones mediatas e inmediatas que iban surgiendo en su circunstancia y trayectoria vital. Los escritos de Ortega están llenos de sugerencias que motivan y activan el pensamiento. Su repertorio de ideas, presentadas en sugerentes tipos y alusiones, exigen a quien trate de indagar en su filosofía, tener la habilidad de entender los intrincados laberintos a los cuales nos conduce. Ortega tiene un sistema «asistemático» y esta «asistematicidad» lleva dentro de sí una vertebración rigurosa y precisa. A esta dificultad, que surge ante cualquier lector del pensador madrileño, hay que agregar otra más; ésta consiste en que la gran cantidad de su producción intelectual que dio a conocer no son libros, sino que constituyen artículos que, posteriormente, se han transformado en libros. «Lo primero que necesito decir de mis libros, —advierte Ortega— es que precisamente no son libros. En su mayor parte son mis escritos, lisa, llana y humildemente, artículos publicados en los periódicos de mayor circulación de España» (*Prólogo para Alemanes*; O.C., VIII, p. 20). Por este motivo, Julián Marías señaló que «los escritos de Ortega se deberían tomar como un *iceberg*» (*La Escuela de Madrid*, p. 447).

Por otro lado, sus ideas aparecen representadas en forma lírica y metafórica, en donde sólo se alude a lo que se quiere decir; y por otra parte, indican hacia realidades que no están en su obra impresa, lo que nos obliga a recurrir a la cultura, a la ciencia, a la filosofía de su tiempo e, incluso, a comprender su propio compromiso con España como proyecto de nación.

Esta situación llevó al propio Ortega a dar una explicación acerca de sus escritos. En el *Prólogo* a una edición de sus obras decía: «No hay grandes probabilidades de que una obra como la mía, que, aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretrejida con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla» (O.C., VI, p. 374). Por este motivo, para desarrollar cualquier tema en Ortega es preciso, primero, sistematizarle y, luego, interpretar sus escritos. En este sentido, el intentar sistematizar la obra orteguiana nos obliga a reconstruir y recrear su obra, y esto implica realizar una interpretación personal de sus escritos.

Las ideas que el filósofo madrileño fue desarrollando en su trayectoria intelectual —acerca de los más variados temas— hay que *buscarlas* a lo largo de toda su obra, *sistematizarlas* y, luego, *interpretarlas*; en otras palabras —como dice Gonzalo Fernández de la Mora— quien quiera entender su obra «ha de leer a Ortega de cabo a rabo y tratar de comprenderlo por sí» (*Ortega y el 98*, p. 185).

Por otra parte, en el amplio panorama de ideas filosóficas de nuestro tiempo, el estudiar a Ortega tiene la ventaja de que es español, que habla nuestra lengua; además, escribió exclusivamente para España y Sudamérica:

«todo lo que yo he escrito hasta este prólogo —dice Ortega— lo he escrito 'exclusivamente' y *ad hoc* para gentes de España y Sudamérica». (*Prólogo para alemanes*, p. 18). Estas afirmaciones del pensador español han llevado al historiador chileno de la filosofía Humberto Giannini, a escribir: «el pensamiento de Ortega, además de su valor intrínseco, posee para nosotros, latinoamericanos, una importancia suplementaria: el hecho de contar en nuestro tiempo con un pensamiento destilado en nuestra propia lengua nos da la seguridad de que somos nosotros, los que vivimos en esa lengua, los que primero podemos alcanzar y hacer nuestro ese pensamiento. Y esto es algo importante. Tiene sus ventajas además, el hecho de que una filosofía nos acoja; que nos llame por nuestro nombre propio y nos obligue, en cierta medida, a meditarlos» (*Esbozo para una Historia de la Filosofía*, p. 261). En una reciente obra de Tzvi Medin, *Ortega y Gasset y la Cultura Hispanoamericana* (F.C.E., México, 1994), este académico de la Universidad de Tel Aviv señala: «Ortega fue, sin lugar a dudas, el gran difusor de la cultura europea, muy especialmente la alemana, entre 1916 y 1936 en Hispanoamérica. La *Revista de Occidente* cumplió al respecto, una función histórica de importancia decisiva en la difusión de la filosofía, la sociología, la psicología y la literatura europeas, y a ello se agregaron las editoriales de Ortega o las dirigidas por él». Y más adelante agrega: «Hubo otras importantes figuras intelectuales europeas que influyeron notoriamente en la cultura hispanoamericana en el siglo XX, pero consideramos que ninguna de ellas llenó las funciones cumplidas por Ortega al proveer a esta cultura de tantas ideas, instrumentos y diversas vías para medirse con su problemática vital. Ya lo hemos explicado: Ortega, el jefe espiritual y Ortega, el americano» (pp. 297 y 305). A esto hay que agregar el trabajo realizado por los discípulos de Ortega que se trasladaron a América como visitas, o para quedarse definitivamente en estas tierras; Julián Marías, José Gaos (México), Francisco Soler (Chile) y muchos otros. Del profesor Soler fue, precisamente, discípulo y ayudante Jorge Acevedo, quien hoy, con calidad y trabajo permanente, está en la dimensión intelectual y académica del *maestro* Soler, como le llamábamos en la Universidad de Chile en Valparaíso.

Teniendo presentes estas facilidades y estas dificultades con la obra de Ortega, presentaré, de manera resumida, un esquema de los estudios sobre este pensador en nuestro país. En una obra mía próxima a publicarse, titulada *La razón vital en la mentalidad Social Chilena*, y en el capítulo titulado «La relación de Ortega con Chile», en el apartado 1 («Estudios orteguianos en Chile») establecí algunos esquemas, estructuras e ideas en general, acerca de cómo han acontecido los estudios orteguianos en nuestro país.

En primer lugar, las primeras obras que se publicaron en nuestro país de Ortega fueron *Las ermitas de Córdoba*, que aparecieron en la revista *Atlántida* en septiembre de 1919. Luego le siguieron *Dan-Auta*, en 1922, y

*Pedagogía y anacronismo*, de 1923, ambas en *Revista Chilena*. A esto hay que agregar que desde España llegaron rápidamente sus obras a nuestro país, lo que hizo que su pensamiento fuera ampliamente conocido. Ortega fue considerado como una de las más destacadas figuras contemporáneas de la filosofía, por su extraordinaria cultura y por el impacto innovador que causó su sistema intelectual. Esto se produjo no tan solo entre los cultivadores de la filosofía, sino que, además, fue acogido entre los restantes especialistas de las humanidades, las ciencias, el arte y el público en general. En 1928 el filósofo madrileño visitó nuestro país, y esto marcó aún más su presencia e influencia en nuestra cultura nacional.

En lo referente a los estudios sobre Ortega en Chile, propuse la siguiente clasificación, de cinco niveles; a saber:

1. La influencia directa del sistema orteguiano sobre las obras o estudios de algunos intelectuales de nuestro país.
2. Estudios críticos y valorativos de la filosofía de Ortega.
3. Estudios críticos.
4. Influencia para acercarse a los grandes temas de la filosofía y la cultura en general.
5. Otras influencias (ideas en torno a la Universidad, la empresa, etc.).

Para efectos de esta presentación, me referiré, escuetamente sólo al primer punto. Respecto de la influencia directa del sistema orteguiano sobre las obras o estudios de algunos intelectuales en nuestro país, tenemos que nombrar a Luis Sánchez Latorre, Jorge Millas (1919-1982), Jorge Iván Hübner Gallo, Francisco Soler Grima (1924-1982), Enrique Munita, María Teresa Poupin (1944-1994), Jorge Acevedo Guerra, Jaime Muñoz Miranda, Martín Cerda (1930-1991), Eduardo Concha y Osvaldo Vicuña.

b) *La figura de Jorge Acevedo.*

Jorge Acevedo, de quien es la obra que hoy tenemos el inmenso agrado de presentar, es autor, entre otros textos sobre la filosofía de Ortega, de los siguientes: «*Hacia Ortega*. I. El mito del origen del hombre', de Francisco Soler Grima» (1969). «*Hombre y Mundo*. Sobre el punto de partida de la filosofía actual», Ed. Universitaria, Santiago, 1992 (tercera ed.); Cap. I. *En torno a Heidegger*, Ed. Universitaria, Santiago, 1990. Segunda Parte, Cap. I — «Para leer *La pregunta por la técnica*» —; *Excursus*: planteamiento de Ortega en relación al de Heidegger'. «José Ortega y Gasset: *Sobre la razón histórica*» (1981). Estos escritos complementan el libro a que nos estamos refiriendo.

Como esas grandes obras que sobre Ortega se han publicado en nuestro país, hoy tenemos el agrado de presentar, reitero, *La Sociedad como Proyec-*

to de Jorge Acevedo. Para tal efecto, y siguiendo una recomendación de Joaquín Barceló, para presentar o prologar a un autor lo mejor es dejar hablar al propio autor. Sin embargo, he querido hacer una breve reflexión sobre esta importante obra que hoy está a nuestra disposición para adentrarnos en el tema humano y social en Ortega.

c) *La obra «La Sociedad como Proyecto. En la perspectiva de Ortega» o «Un Proyecto sobre una Filosofía Proyectiva».*

Esta obra, como ya lo señalé al principio, es un proyecto sobre una filosofía proyectiva. Estas dos ideas requieren una explicación. La primera es que Jorge Acevedo —con claridad, erudición y precisando conceptos—, va reconstruyendo el paradigma de la teoría de la vida humana y de la filosofía social de Ortega, que, además de constituir un pensamiento que recurre a la historia es, necesariamente, una filosofía proyectiva, ya que Ortega es uno de los pocos pensadores del siglo XX que se ocupó con rigor y dedicación del tema del futuro. Pero este esfuerzo académico hecho por Acevedo tiene, además, otra intención: esta consiste en que —a partir de la filosofía del pensador madrileño— se plantea una propuesta, un proyecto que no sólo involucra a académicos y estudiosos de la filosofía, sino que, además, debe importar —y este es el mérito de la propuesta—, a historiadores, sociólogos, antropólogos y a aquellos que en nuestros países hispanoamericanos toman las decisiones que determinan el devenir de las grandes colectividades, y que son los economistas, los políticos y los estadistas.

¿Cómo se entiende este análisis que he planteado en esta presentación?

En primer lugar, Jorge Acevedo ha escrito una obra de alto nivel y ha cumplido acertadamente en plantear, reconstruir y concretar la teoría de la vida humana y la filosofía social de Ortega. Para el logro de esta tarea, nos da una nueva visión de la célebre obra del pensador español *La rebelión de las masas*, analiza cuestiones previas que es necesario resolver —como son los temas de la meta-historia, el conocimiento histórico y la filosofía de la vida humana, la libertad, la modernidad y la posmodernidad, el mito y la razón histórica, las minorías y las masas—, hasta llegar al tema central de su propuesta: «La Sociedad como Proyecto». Además de esto, realiza análisis comparativos con filósofos y científicos coetáneos o del tiempo de Ortega y que se han ocupado de la sociedad, del hombre o del entorno. Así, comparecen en esta obra Heidegger, Sartre y Zubiri, entre otros. Pero, como lo señalé, este trabajo filosófico lleva consigo otra dimensión, real y práctica, que es perfectamente compatible con la profunda reflexión que se realiza en este libro sobre el pensamiento de Ortega.

Tal vez, un punto de partida para entender la propuesta de Jorge Acevedo, la podamos encontrar —de momento— en el capítulo XI «La So-

ciudad como Proyecto»: En la parte titulada '*Nación en sentido amplio*' —citando a Ortega—, señala que la independencia de los países hispanoamericanos se produjo porque «el plebiscito futurista fue adverso a España, y nada valieron entonces los archivos, las memorias, los antepasados, la patria. Cuando hay aquello, [un futuro común, un programa de porvenir colectivo atrayente], todo esto sirve como fuerzas de consolidación; pero nada más» (p. 211). Y señala a continuación:

«Hemos procurado hasta ahora mostrar que raza, lenguaje y tradición comunes no son condiciones necesarias para que una nación se constituya. El reciente ejemplo nos sugiere, además, que *esos factores no son condiciones suficientes para que una nación perviva*. La relativa homogeneidad de raza y lengua, la tradición común centenaria de España y los pueblos de Centro y Sudamérica no bastaron para que las Españas continuaran siendo una unidad histórica-política».

Y más adelante agrega: «Lo decisivo para que haya una nación es un futuro común, un programa de porvenir colectivo atrayente, un dogma nacional, un *proyecto sugestivo de vida en común*, un incitante programa de vida, un proyecto de convivencia total en una empresa común. Todas estas expresiones apuntan a lo mismo: hacia la condición de posibilidad de la nación, hacia aquello que permite su surgimiento y *mantiene su estructura de tal*». (p. 211).

Finalmente, es preciso señalar que, además de esta condición, existe una variable difícil de controlar; y ésta es que una nación es una realidad dinámica, y que es preciso cumplir con una serie de condiciones para que este proyecto social sea una realidad persistente en el tiempo (pp. 213-220).

¿Cuál es el rol de la filosofía en esta empresa que es construir una nación persistente en el tiempo?

Para responder a este interrogante, debemos regresar a la página 21, capítulo I, *El conocimiento histórico y la filosofía*. Parte el autor señalando en el punto 1, *Razón histórica, Narrativa, Etimológica o Semántica*, que la filosofía, en cada época, ha nacido para fundamentar otra disciplina humana (como lo indica Ortega). Dice Acevedo: «La filosofía de Descartes nos remite a la Física. La de Aristóteles, a la Biología y, también, a la Cosmología y la Matemática. La de Platón, a la Política entendida como Moral Pública» y, en nuestro tiempo, «una buena parte del esfuerzo teórico orteguiano se encamina hacia la constitución de la historia como ciencia» (p. 21). Porque la historia es, además de pasado, *alétheia*, descubrimiento de realidades, verdad (p. 31).

De tal manera que, resulta de suma urgencia para los tiempos que vivimos recurrir —como referente necesario—, a esta obra filosófica de Jorge Acevedo, *La Sociedad como Proyecto*; porque, tanto los historiadores como los sociólogos (y agreguemos a los políticos y estadistas) «que se propusie-

ran aclarar, en esta perspectiva, los estratos radicales de una nación, tendrían que contestar —entre otras— las siguientes preguntas:

a) ¿Cuál es el proyecto sugestivo desde el que la nación vive (se entiende, en un momento determinado)?

b) ¿Hasta qué punto es sugestivo y atrayente?

c) ¿De qué manera condicionan el programa de vida colectiva los factores étnicos, lingüísticos, territoriales y tradicionales de la sociedad de que se trata?» (p. 251). Estas interrogantes deberán, precisamente, ser precedidas por otras interrogantes relativas a la vida humana, su estructura, consecuencias y destinos.

De tal manera que debemos —como acontece con la propuesta de Jorge Acevedo— volver a la filosofía raciovitalista de Ortega; no por mero ejercicio o deporte intelectual, sino porque, como una nación es un *plebiscito* constante, el recurrir a una filosofía proyectiva como la del pensador madrileño nos garantiza, de cara al porvenir, entre otras cosas, *dos posibilidades*: adelantarnos imaginativamente al futuro para poder meter hasta en sus últimos rincones un proyecto colectivo que nos garantice la pervivencia nacional, o evitar anticipadamente el daño, riesgo o peligro que puede aguardarnos, emboscado en el rostro enigmático del destino. Tener, en este último caso, esa disciplina de alerta frente a los avatares del porvenir, como lo señaló genialmente el Dante.

*Ché saetta previsa vien più lenta*

La flecha que se ve venir, viene más despacio

Porque el hombre es el único ser que puede tener futuro y, por lo mismo, como lo señaló Nietzsche, es «el único animal capaz de prometer».